

UNA VIDA DE APRENDIZAJE*

Robert K. Merton

Traducción de Libardo González

Dudo que alguno de mis ilustres predecesores haya experimentado tanto placer como yo, cuando se les pidió dictar la conferencia Haskins. Ninguno de ellos era un sociólogo con la fortuna de saber que su obra era considerada lo suficientemente humanista como para merecer este gran honor. Además, ninguno de ellos dictó su conferencia bajo el signo del 75 aniversario de la American Council of Learned Societies (ACLS), ni ella tuvo lugar en su pueblo natal**.

Otras coincidencias de tiempo y lugar reiteran mi alegría en esta reunión. Por un lado, esta nueva sala Benjamín Franklin de la Sociedad Filosófica Americana se halla a una distancia que se puede recorrer a pie desde la casa en la cual nací hace casi 84 años. Y por el otro, la comprometedor invitación a pronunciar la conferencia Haskins me llegó cuando estaba preparando una nueva edición de mi ingenioso y pródigo fruto, *A hombros de gigantes (On The Shoulders Of Giants)*. Y desde luego, OTSOG, como he dado en llamarlo en un breve acrónimo, debe mucho a la obra magistral de Haskins, *El renacimiento del siglo XII*.

Pero pasemos a otro tema. Ahora que he expuesto ante ustedes este breve concierto de coincidencias, algunos no dudarían en recordarme que el humanista Plutarco ya anticipaba este tipo de cosas cuando observó: “La fortuna siempre está cambiando de curso y el tiempo es infinito, así que no hay que preocuparse demasiado de las muchas coincidencias que puedan ocurrir...”. Y sin duda, otros más preferirán extraer algo de la estadística matemática de Persi Diaconis y Frederick Mosteller, quienes concluyeron que “estamos nadando en un océano de coincidencias. Nuestra explicación del hecho reside en que la *naturaleza*, y nosotros mismos, estamos creándolas, a veces por casualidad y en parte también a través de la percepción o de relaciones accidentales objetivas”. Como pronto verán, me inclino a estar de acuerdo tanto con los humanistas como con los hombres de ciencia.

Después de toda esta meditación egocentrista sobre la conferencia Haskins, he llegado a dos conclusiones: primero, que mi vida de aprendizaje y estudio fue moldeada por una larga serie de encuentros casuales y de elecciones consecuentes y no por un plan cuidadosamente diseñado. Segundo, al menos en mi caso, que “el Niño es (en verdad) el padre del Hombre,” una conclusión que invocan Wordsworth y Laurence Sterne mucho más que Sigmund y Anna Freud. Estas conclusiones me llevarán esta tarde, y más de lo que esperaba, a subrayar mis primeros años. Dado que muy pocos —si es que en realidad hay alguno— de los que asisten a esta amable celebración de la ACLS conoció el desaparecido mundo de mi ya distante juventud, me serviré ocasionalmente de medios visuales más vivos —de retratos de mi álbum familiar—, pues las imágenes que pueda hacer de aquel mundo en palabras, serán sin duda imperfectos.

* Reprinted with permission; © 1994, Robert K. Merton, American Council of Learned Societies. All rights reserved.

** Dado que mi memoria sobre un período tan extenso es limitada, este ensayo retoma con libertad pasajes de recuerdos publicados previamente.

I

Mi primer encuentro casual ocurrió, por supuesto, con mi nacimiento. ¿Pues qué o quién dictó a mi querida madre y a mi querido padre que yo y ningún otro debía nacer? No el genético yo sino el entero yo que he llegado a ser. Como siempre sucede, mi primera aparición también involucró una coincidencia de tiempo y lugar, dado que yo era un niño yanqui nacido en el Día de la Independencia, a ocho cuadras de la Plaza de la Independencia. Digo esto sobre la base del firme testimonio de mi madre, quien presumiblemente estaba muy cerca de mí. Ella lo describió con detalles muy vivos más de una vez: que el hecho tuvo lugar en la casa de la familia mucho antes de la medianoche del 4 de Julio, cuando los patriotas estaban celebrando ruidosamente el día de la conmemoración. No tuvo lugar el 5 de julio, como se registró erróneamente en mi certificado de nacimiento, después de un olvidadizo lapso de un mes por parte del médico de la familia que me ayudó a entrar a este mundo. El mencionado doctor era una versión moderna del partero de Tristram Shandy, el Doctor Slop. Mis padres no descubrieron el error sino cuando tuvieron que acudir a la evidencia de que yo era suficientemente maduro para entrar en la escuela pública. Pero para aquella fecha el daño burocrático ya estaba hecho. Desde entonces cada año he tenido dos cumpleaños: el 4 de julio para mi familia y el 5 de julio para los documentos públicos (hasta que en una celebración bastante retrasada de la Independencia yo pude comenzar a colocar el natalicio en su lugar preciso).

(Incidentalmente, lo mismo le sucedió a Saul Bellow. Su certificado de nacimiento lo hace nacer el 10 de julio, aunque él generalmente lo registra el 10 de junio, ya que su madre insistía que era junio. Su actual biógrafo, James Atlas, nos dice que Bellow entró en la errónea fecha de julio por solicitud de una beca Guggenheim, como en su momento lo hice yo al solicitar la mía. Un error continuado del reino de la burocracia.)

De cualquier forma, aquí está al menos la evidencia visual de que yo realmente aparecí en este mundo (ver foto 1), seguida del testimonio de que antes de comenzar mi escuela formal, fui orientado hacia las glorias del libro (foto 2). Supongo que mi madre estaba haciendo una promesa al colocar a su único hijo en aquel traje de pequeño Lord Fauntleroy.



Foto 1



Foto 2

El documento que en forma deficiente atestigua mi nacimiento, me sensibilizó muy pronto hacia el respeto de una regla elemental de carácter histórico: cuando se reconstruye el pasado, muestre gradualmente los documentos de archivo pero tenga cuidado de conferirles un determinado valor. Así ocurrió décadas más tarde, cuando tuve mi experiencia en Harvard con el pionero de la historia de la ciencia, George Sarton, al encontrar que sus palabras me llegaban con observaciones precautelativas que decían: “las fechas que se imprimen en las portadas de los periódicos son a menudo incorrectas”. Lo mismo me ocurriría después con el contagioso John Aubrey quien, mientras hacía el dispendioso trabajo de campo en los cementerios ingleses para descubrir en qué fecha las minúsculas vidas *realmente* habían alcanzado el sueño eterno, concluía que aún los epitafios grabados en las tumbas podían engañar; como por ejemplo aquel que pedía a los paseantes “rogar por el alma de Constantine Darrel, caballero, que murió en el año del Señor 1400 y de su esposa que murió en el año del Señor 1495”. Pero basta acerca de las normas que regulan la evidencia histórica y demos marcha atrás a otro momento shandeano: mi nacimiento.

El hecho *no* mereció ninguna noticia pública. No creo que fuera porque lo opacara otro acontecimiento histórico del mismo día: la batalla por el campeonato mundial de peso pesado entre el “gigante negro” Jack Johnson y el “gigante blanco” Jim Jeffries (si adoptáramos la descripción de Jack London sobre aquella parej a pugilística). Tampoco pienso que el *Philadelphía Inquirer* haya omitido registrar mi llegada, simplemente porque estaba ocupado en informar que “desde octubre de 1907 el distrito financiero no se había hundido en tal estado de desmoralización.. .por el pánico de los mercados de acciones”. Ni creo por un momento que mi nacimiento pasara inadvertido sólo porque las “ventas de promoción de mitad de verano” tuvieran en afanes a las damas por ir al *Lít Brothers* de Filadelfia con el deseo de apoderarse de los “vestidos de 6 dólares rebajados a 3.50”, o porque los hombres corrieran al *Blum Brothers* —dos manzanas no más allá en la calle Market con la décima— para encontrar “vestidos blancos con rayas negras” por sólo 10 dólares. (Ambas, obviamente, buenas opciones en una sociedad de consumo, aun para aquella época tan distante).

Nada de eso. Sospecho que mi nacimiento no fue registrado por una razón muy diferente. Probablemente porque —como lo anunció un perfil del *New Yorker* de Morton Hunt hace 35 años— yo nací “casi al final de la estructura social”, en un barrio pobre del sur de Filadelfia, de padres inmigrantes de clase obrera provenientes de Europa Oriental. Pero así como el típico barrio de clase baja presenta una sobrepoblación distribuida en casas nada confortables, quizás nuestra situación familiar no se podría calificar en realidad de barrio pobre. A pesar de todo, al llegar a este mundo con la ayuda de mi Dr. Slop, me encontré a mis anchas en el amplio piso de seis cuartos ubicado encima de la tienda recién adquirida por mi padre en la que vendía leche, mantequilla y huevos, localizada en el 828 de la calle tercera sur. Cuando la tienda, no asegurada, fue destruida por un incendio algunos años después, la fortuna de la familia declinó, mi padre se convirtió en asistente de carpintería en los garajes de la Armada y nos mudamos a una casa más pequeña de ladrillos rojos. Allí tampoco tuve ocasión de sentirme despojado o, como dicen los sociólogos ahora, no experimenté una “deprivación relativa”. Nuestra casa tenía una sala de recibo que apenas se utilizaba y un comedor con múltiples usos, donde adquirí, por ejemplo, un pasajero interés por la tecnología, construyendo un equipo de radio de cristal, seguido de un recipiente y después por un gran generador. La estufa de carbón en la cocina daba calor a toda la casa. La luz de gas trabajaba admirablemente

durante años y a falta de algo mejor, nos las arreglábamos con el patio de atrás para mantener privacidad. En suma, estábamos viviendo la vida de aquellos que llegarían a ser conocidos como los “pobres merecedores”, alimentados con la premisa incuestionable de que las cosas de alguna manera se mejorarían, sobre todo para los niños.

(Como se puede ver en la foto 3, todavía tengo un retrato de mi madre con su adorado hijo de cerca de diez años, de pie en el pequeño patio de atrás, con su inocente cabeza de niño circundada por lo que parece ser... una sacrosanta aureola. Las coincidencias continúan abundando. Cerca de 40 años después, Jerzy Kosinski, el autor de la impresionante novela autobiográfica del Holocausto, *El Pájaro pintado*, en algún momento estudiante de sociología en Columbia*, que a su vez había resultado ser un fotógrafo merecedor de premios, tomó una foto de su ocasional maestro, con este resultado (foto 4). Como puede observarse, mi cabeza, más vieja ahora y quizá menos inocente, se halla de nuevo circundada por lo que seguramente ya no sería una santa aureola).

A pesar estas imágenes tempranas, no estuve muy constreñido en aquella aldea urbana durante el resto de mis 14 años. Gracias a su variedad de riquezas institucionales a la mano, empecé a descubrir el mundo. Desde un principio tuve una biblioteca privada de cerca de 10.000 volúmenes, localizada justamente a unas pocas cuadras de nuestra casa (foto 5). Era una biblioteca razonablemente dotada para mí por ese gran benefactor y capitán de industria, Andrew Carnegie. La vecindad era lo bastante segura como para caminar a ese lugar desde la tierna edad de 5 ó 6 años. Desde entonces, pasé allí incontables horas ya que fui adoptado por las solícitas bibliotecarias —todas mujeres por supuesto—, quienes me guiaban y consentían en mi interés por la literatura, la ciencia y la historia, especialmente en las biografías y en las autobiografías.



Foto 3



Foto 4 (Jerzy Kosinski)

No fue en la escuela sino en la Biblioteca Carnegie donde me introduje por primera vez en el *Tristram Shandy*, que leído y releído durante años —a menudo para hacer frente a momentos de melancolía— por casualidad encontró expresión en mi posdata shandeana, *A hombros de gigantes*. Fue allí también donde me encontré con James Gibbons Huneker, el músico, dramaturgo y crítico literario nacido y criado en Filadelfia,

* La Universidad de Columbia (N. del trad.)

quien introdujo mi pequeña existencia de diez años en nuevos aspectos de la cultura europea. Por ejemplo, a los simbolistas franceses, Baudelaire, Verlaine, Mallarmé y Rimbaud, y a Ibsen y George Bernard Shaw, quienes más que por otro crítico de su tiempo, fueron traídos a la conciencia americana por Huneker. Para no mencionar a ese “Beethoven de la prosa”, a Gustave Flaubert. Todavía conservo la media docena de volúmenes de Huneker que más tarde adquirí en la gran librería Leary de cuatro pisos ubicada, si mal no recuerdo, cerca a Gimbel en la novena con Market*.

Es claro que el niño estaba comprometido en llegar a ser el padre del hombre cuando mi existencia, presumiblemente atada al barrio pobre, pudo viajar ampliamente por el tiempo y el espacio. Pudo haber sido también en la Biblioteca Carnegie donde leí por primera vez la voluminosa y victoriana *Vida de Newton*, de David Brewster, aunque no tengo documentos que prueben este recuerdo conjetural. En cualquier caso, aquellos años tempranos resultaron ser el prelude de los años que viví en la Inglaterra del Siglo XVII, y gracias a la Biblioteca y los archivos Widener de Harvard, me rocé con gente como Newton, Boyle y Christopher Wren. Lo mismo que esa adición temprana a las biografías pudo haber sido el prelude del análisis cuantitativo de mi disertación doctoral de cerca de 6.000 entradas del *Diccionario de biografías nacionales*, un tipo de análisis que sólo mucho más tarde supe, por un estudio de Laurence Stone, el historiador de Princeton, que había contribuido al arte de la investigación de la “prosopografía histórica”: “la investigación de las características comunes de un grupo de actores en la historia por medio de un estudio colectivo de sus vidas”.

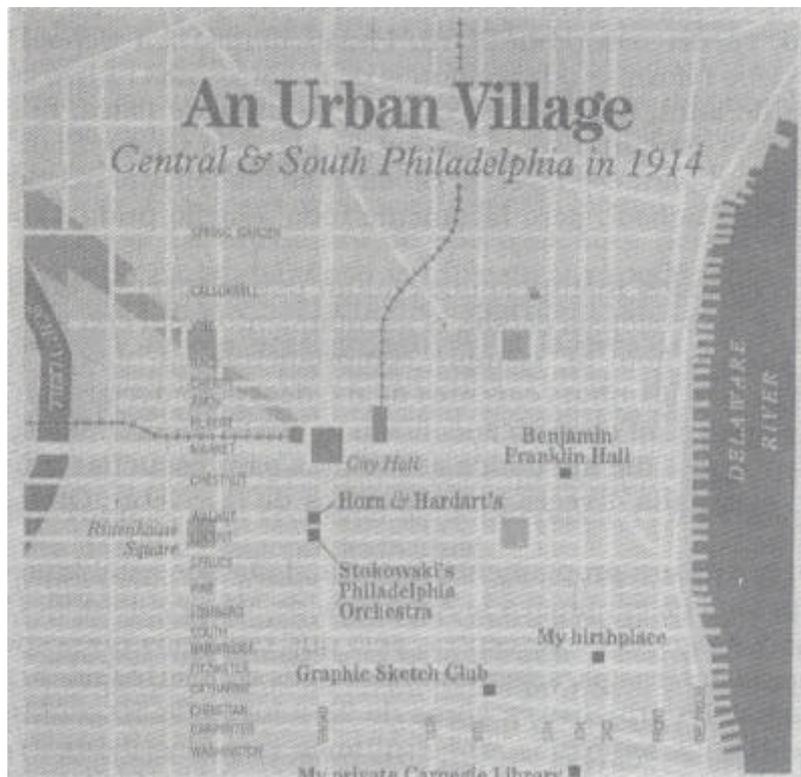


Foto 5

* Calles de Filadelfia (N. del. trad.)

Estas permanencias en las bibliotecas ejemplifican la tesis de Bernard Bailyn y Lawrence Cremin, de que mucha educación perseverante tiene lugar fuera de los muros de los salones de clase. Sin embargo, en defensa de la South Philadelphia High School de ese tiempo, debo informar que a algunos de nosotros nos nutrió con cuatro años de latín, dos de francés y varios años de física, química y matemáticas. No tanto como Groton, Exeter o la Bronx High School of Sciences, o para ese nivel, el *Gimnasium* filadelfiano del tipo de la Central High School, pero fácilmente todo aquello pudo haber sido peor.

Otros recursos institucionales faltan por conocer. A unas pocas cuadras de la biblioteca estaba el asentamiento local con su Club de Diseño Gráfico (foto 5), siempre comprometido en buscar talentos artísticos entre los niños carentes de medios; pero declararon enfáticamente que en mi caso no encontraban huella alguna de ese talento. Sin embargo, fue allí donde asistíamos para escuchar música de cámara, ejecutada a veces por miembros de la célebre Orquesta de Filadelfia.

La orquesta era propiamente nuestra, dado que estábamos a una distancia fácil de caminar a la Academia de Música (foto 5). Primero de niños y luego de adolescentes, sólo que teníamos que esperar en la fila horas enteras para ser admitidos a los conciertos nocturnos de los sábados. La principesca suma de 25 y luego de 50 centavos nos daba derecho a sentarnos en las últimas seis filas del teatro. Esto nos permitía oír y casi ver al carismático Leopold Stokowski dirigiendo su famosa orquesta con las ejecuciones magistrales y a veces controvertidas de Bach —esto, por supuesto, sin el acostumbrado bastón. Aquellos alejados asientos nos permitían oírlo también cuando reprendía a la filistea audiencia por sabotear ruidosamente la nueva y complicada música de Schoenberg, Varése o Alban Berg. Después del concierto podíamos darnos el lujo de ir al fastuoso Horn & Hardart Automat, donde nos sentábamos cerca de los hombres de Stoki que conocíamos, para colarnos en su charla sobre el concierto, y en ocasiones, sobre los triunfos de beisbolísticos de Connie Mack's A's. Pero por segunda vez, eso no fue suficiente para convertirme siquiera en un músico mediocre, aunque puedo señalar algunos residuos de esa experiencia musical en los pie de página de OTSOG. Nuestros horizontes se vieron ampliados aún más a mediados de los años veinte, ante la nueva o más bien abrumadora Biblioteca Central y el monumental Museo de Arte.

En este punto, mis colegas sociólogos habrán notado cómo ese aparentemente deprivado barrio bajo del sur de Filadelfia estaba ofreciendo a un joven toda suerte de capital —social, cultural, humano, y especialmente lo que podríamos llamar capital público— esto es, toda suerte de capital, excepto el financiero personal. Todavía hoy me impresiona la amplitud de recursos públicos disponibles para nosotros los pobres ostensibles. Pobres *ostensibles*, por supuesto, porque poseíamos importantes títulos de propiedad en la forma de rápido acceso a valiosos recursos que sólo podían poseer de otra forma los ricos. La estructura de oportunidades de nuestra aldea urbana estaba expandiéndose manifiesta y rápidamente. Pero es también el caso de que por falta de capacidad, ningún tipo de oportunidades que se me presentaban —en la música y en las artes gráficas, por ejemplo— tuvo resultados visibles. Como lo argumentaré mucho más adelante, al elucidar el concepto sociológico de estructura de oportunidades, la oportunidad es probabilística, no determinística; abre posibilidades pero no asegura que se lleven a cabo. Referiremos otro recuerdo de la interacción continua entre la estructura social y el agente individual.

Mi propia vida de juventud estaba ampliándose también por un encuentro de primera magnitud, con Charles Hopkins, o “Hop” como era conocido por sus amigos —el hombre que se convirtió en el esposo de mi hermana y de hecho en mi padre putativo. Y fue un encuentro realmente casual. Poco después de que mi padre perdió su empleo en la Armada, nos mudamos de nuevo, y estábamos asombrados con los ratones blancos que corrían por nuestra casa recién ocupada y con los conejos que había en el patio trasero. Nuestro vecino Hop vino donde nosotros a preguntar si por casualidad habíamos visto sus conejos y sus ratones mascotas, que al final resultaron ser parte de sus recursos en el oficio de mago aficionado. (Sólo después vine a descubrir que sus elaboradas y artificiosas invenciones le habían hecho ganar una sólida reputación entre los magos profesionales de primera línea de la época). El encuentro mareó el comienzo de su galanteo con mi hermana Emma y de mi idolatría por Hop, cuando él comenzó a inducirme en el arte de la prestidigitación. El aprendizaje avanzó tanto que me volví un regular adepto para la época en que llegaba a los 14. Lo suficiente, sin duda, porque esta práctica arcaica ayudó a mantenerme durante el tiempo de mis estudios cuando entré al Temple College tres años más tarde. Todavía tengo copias de la tarjeta que Hop, como cualquier pintor benjaminfranklinesco, diseñó para mí (foto 6).



Foto 6

Como puede verse, sobre el fondo de sombrero de copa y de banda ceñida en azul suave, se declara en una escritura ondulante que Robert K. Merton estaba listo a producir “Embrujos misteriosos”, presumo que por una suma modesta; como lo fue en realidad, principalmente en fiestas infantiles, en escuelas dominicales y durante parte de un verano, en un pequeño y bastante ruinoso circo trashumante*.

Cuando encontré la práctica efímera de mago. Houdini** se convirtió en un “modelo de rol” (si puedo emplear este término que alguna vez estuvo bien definido por la sociología y que ahora se ha vuelto borroso, si no francamente vago por el uso indiscriminado y frecuente; un término, dicho de paso, que el *Suplemento del Diccionario Inglés de Oxford* sostiene que fue usado por primera vez en 1957 por mi grupo de investigación de Columbia, cuando trabajaba en *El estudiante de medicina*). Pero aquí termino esta pequeña digresión sobre semántica sociológica para volver a otro momento en el curso de mi juventud, cuando tomé a Houdini como tema para un bosquejo biográfico exigido por un curso de la secundaria. Durante la investigación que hice para mi trabajo, supe que los nombres de los artistas eran frecuentemente americanizados; es decir, se transmutaban en formas más angloamericanas. Esta era, por supuesto. la etapa hegemónica de la

* Básteme recordar que Vladimir Nabokov y Edmund wilson, dos íntimos amigos y a la vez fervientes antagonistas, también encontraban placer en el arte esotérico de la magia, lo mismo Persi Diaconis y Frederick Mosteller, la pareja de estadísticos matemáticos que he mencionado sobre el complejo asunto de la coincidencia.

** El célebre mago americano de origen judío Harry Houdini (1874-1926). N. del trad.

americanización, generaciones antes del surgimiento de algo que se pareciera a lo que hoy se denomina “multiculturalismo”. Como sabemos, el proceso de los simbólicos cambios de nombre estaba entonces en pleno vigor. Por ejemplo, Leonard Rosenberg se convirtió en Tony Randall, Issur Danielovitch Demsky en Kirk Douglas e Irving Grossberg se mudó primero en el músico y luego en el artista Larry Rivers. Y de la misma manera que Ehrich Weiss, el hijo del rabino Mayer Samuel Weiss se había convertido por su cuenta en Harry Houdini, siguiendo al célebre mago francés Robert Houdin, el Meyer R. Schkolniek de 14 años sutilmente se fue convirtiendo en Robert K. Merlin, según el mucho más connotado mago de la leyenda arturiana, Merlín; pronto se mudó en Merton, cuando mi tutor Hop observó con tino que Merlin era algo acartonado. Por la época en que llegué al Temple College mis amigos más cercanos se veían inclinados a llamarme Bob Merton y yo no los defraudé. Me gustaba como sonaba, sin duda porque parecía “más americano” durante el período anterior a los veinte. Con el cálido consentimiento de mi querida madre americanizada (ella asistía a la escuela nocturna religiosamente más que a la sinagoga) ,y el beneplácito de mi desinteresado padre, mi nueva denominación fue seguida por la transformación legal de mi nombre hace unos 65 años* .

II

Fue en Temple, una universidad secular fundada en 1884 por el ministro bautista Russell H. Conwell para “los niños y niñas pobres de Filadelfia”, donde ocurrió otro encuentro casual que cambió la dirección de mi vida. Atraído por una beca, me aventuré en la clase de sociología que dictaba un joven instructor, George E. Simpson, y allí encontré mi campo. En aquel tiempo Simpson trabajaba todavía en su disertación doctoral sobre *El negro en Filadelfia*. Me reclutó como asistente de investigación y pronto me encomendó alguna labor rutinaria: clasificar, contar, medir y totalizar estadísticamente todas las referencias a los Negros durante varias décadas en los periódicos de Filadelfia. El propósito era, por supuesto, evaluar cambios en la imagen pública acerca de los Negros (no de los “Blaeks”, repito, término que en esos días era visto por nosotros los liberales blancos como un humillante epíteto). Sólo años después George Simpson y yo aprenderíamos que nos habíamos comprometido con el procedimiento de investigación que Harold Laswell dio en llamar “análisis de contenido” —sin saber que eso era lo que estábamos haciendo, como el Monsieur Jourdain de Molière antes del momento de la epifanía, cuando se percató de que había estado hablando en prosa toda su vida sin saberlo. Fue esa experiencia de investigación la que selló mi decisión de entrar en el todavía bastante nuevo y para muchos exótico y dudoso campo de la sociología.

* Por supuesto que Hop y yo no teníamos idea entonces de que el nombre Merton había sido adoptado por la familia Moses, de industriales alemanes y británicos. Esto lo supe sólo en los años setenta, al notar que a un bosquejo biográfico mío en la *Encyclopedia Judaica* seguía una entrada de otra familia Merton, más rica y bastante más dedicada a la filantropía. (Había fundado la *Metallgesellschaft*, una de las más grandes firmas metalúrgicas de Alemania). Una vez más domina la coincidencia. Porque fue el filántropo wilhelm Merton quien fundó la Academia que eventualmente se convirtió en la Universidad de Frankfurt, donde el grupo que se ha arrogado el título de teoría crítica ubicó su Instituto para la Investigación Social, conocido más tarde como “La Escuela de Frankfurt”, de filosofía social, sociología, política y economía. Cuando Hitler llegó al poder, los miembros de la Escuela de Frankfurt tomaron el camino de Nueva York y tuvieron una afiliación periférica con la Universidad de Columbia. Así fue como Leo Löwenthal, y ocasionalmente otros miembros de la Escuela, se volvieron miembros del Comité de Investigación Social Aplicada, fundada por mi colaborador de toda la vida, Paul Lazarsfeld. Pero no fue sino hasta la aparición de aquellas entradas de la *Encyclopedia Judaica*, que li5wenthal y yo tomamos nota de la coincidencia étnica totalmente secularizada, si no nacionalizada, entre los Merton alemanes y los americanos.

Fue también a través de Simpson como yo entré a nuevas redes sociales y cognitivas, especialmente con los negros. Por intermedio de él vine a conocer a Ralph Bunche y Franklin Frazier en la época en que ambos eran instructores de la Universidad de Howard, junto con Arthur Fausets y otros en la recluida élite de físicos, abogados, escritores, artistas y músicos de Filadelfia. En Temple conocí a Alain Locke, nacido en Filadelfia y educado como filósofo en Harvard, que llegó a ser el primer profesor negro de Rhodes. Yo lo había invitado a dar conferencias a nuestro naciente Club de Sociología en Temple, y varios años después me invitó a unirme en su viaje de verano a París, pero para mí infortunio, el tiempo y las circunstancias me impidieron hacer lo que habría sido mi primera experiencia directa en Europa. Esa larga lista de amigos negros me facilitó tempranos contextos para que mi posterior asistente Kenneth Clark organizara el debatido Informe de las Ciencias Sociales sobre la desegregación en las escuelas públicas para *Brown u. Comité de Educación*, y me proporcionó los marcos para mis posteriores estudios acerca del racismo, los matrimonios entre blancos y negros y la perspectiva social de los de adentro y los de afuera.

Llevando de la mano a su asistente, George Simpson también se preocupó para que pudiera ver y oír figuras claves en una reunión anual de la American Sociological Association. Allí conocí a Pitirim Sorokin, el fundador y director del Departamento de Sociología fundado tardíamente en Harvard. También resultó un encuentro cargado de consecuencias. Porque con seguridad yo no me habría atrevido a inscribirme para los estudios de pregrado en Harvard, si Sorokin no me hubiera estimulado a hacerlo. Después de todo, mis consejeros de Temple me habían advertido que esta institución no estaba totalmente acreditada. A lo cual yo repliqué, más bien sin razón, que era el profesor Sorokin y no la institución Harvard lo que más me importaba. Como todo arrogante estudiante de pregrado, yo creía —no totalmente sin fundamento— que sabía casi todo acerca de la sociología americana que se ofrecía a finales de los años veinte, aunque debo confesar que sólo tenía un conocimiento muy periférico de las más antiguas, y para mi más llamativa, de las tradiciones europeas del pensamiento sociológico. Sorokin había publicado recientemente sus *Teorías sociológicas contemporáneas*, una visión global y de amplio espectro de la más importante sociología europea, y sencillamente ese era el maestro que yo estaba buscando. Además, era evidente que Sorokin no era un sociólogo académico común. Preso tres veces por los zaristas y tres veces por los bolcheviques, había sido secretario de Alexandr Kerensky, el primer ministro socialista revolucionario de Rusia, y le habían conmutado una sentencia de muerte por el exilio que le dietó el poco indulgente Lenín. Esta circunstancia estaba destinada a interesarme, ya que, como muchos otros estudiantes de Temple durante la Gran Depresión, fui un devoto socialista. El hecho es que me inscribí en Harvard con nerviosismo, recibí una beca, y pronto me y embarcado en otra nueva etapa de una vida de aprendizaje.

III

Harvard resultó ser un medio serendípico, lleno de fascinantes sorpresas. La primera sorpresa cargada de consecuencias definitivas, fue la invitación que me hizo Sorokin para que fuera su asistente de investigación —y esto en mi primer año de estudios de pregrado. Luego fui su asistente en las labores de docencia. Esto significaba, por supuesto, que yo me convirtiera en su hombre para todo tipo de trabajo, y, como lo vine a saber muy pronto, su ocasional sustituto inclusive. Un día me llamó a su oficina, me dijo que había aceptado estúpidamente un compromiso acerca de la reciente sociología francesa para una entidad académica, y me preguntó si yo estaba en condiciones de hacerlo

en su lugar. Era evidente que no era una pregunta sino una importante sugerencia a cumplir. Dejando a un lado las clases, me dediqué días y noches a la vasta *oeuvre* de Émile Durkheim y de las eminencias de la escuela durkheimiana, tales como Lévy-Bruhl, Mauss, Halbwachs y Bouglé. Esto resultó ser la primera de una serie de fructuosas e impredecibles ocasiones que me ofreció la expansiva estructura de oportunidades de Harvard. Esta tuvo doble consecuencia, ya que de una vez me lanzó, durante mi segundo año de estudios de pregrado, al rol de intelectual publicado y me llevó a que fuera invitado a escribir la primera reseña tipo ensayo de la traducción recientemente hecha del libro de Durkheim, *La División del trabajo social*. El intenso esfuerzo invertido en estas dos publicaciones dio ocasión para que me volviera un durkheimiano del otro lado del Atlántico y sentó las bases para lo que se convertirla en mi propio estilo de análisis estructural y funcional.

Como lo he mencionado, no fue la Universidad sino Sorokin lo que me llevó a Harvard. Pero una vez en ella, no fue el renombrado Sorokin el que influyó con mayor fuerza en mi pensamiento sociológico; más bien fue un joven instructor que carecía de renombre público como sociólogo. A la fecha Talcott Parsons sólo había publicado dos artículos basados en su disertación, que además habían aparecido en el *Journal of Political Economy*, una revista que, es fácil suponerlo, no era muy leída por los estudiantes de pregrado en sociología, que buscaban donde hacer su tesis de grado. Sin embargo, los pocos que llegamos donde Talcott Parsons en su primer curso teórico (a pesar de su extenso y rimbombante título de “Teorías sociológicas de Hobhouse, Durkheim, Simmel, Tónnies y Max Weber”) pronto lo percibimos como una nueva voz en la sociología. El *corpus* de pensamiento social que Sorokin resumía, Parsons lo anatomizaba y sintetizaba. Y aunque como estudiantes no lo podíamos saber —sólo más tarde supe que Parsons no lo dejaba traslucir—, sus exposiciones constituían el núcleo de su obra maestra, *La estructura de la acción social*. Ese libro monumental no apareció en prensa sino cinco años más tarde, sólo después que lo elaboró y reelaboró en conferencias y seminarios.

En realidad, no puedo afirmar si esta experiencia de ver a Talcott Parsons escribir virtualmente su libro en el curso de la enseñanza, me condujo a adoptar, conscientemente, una práctica similar y perdurable de comprometerme en lo que puede describirse como la “publicación oral” —la elaboración de ideas en conferencias, seminarios y talleres— antes de convertir finalmente su desarrollo sustantivo en material impreso. Esa ha sido al menos mi experiencia. Para algunos de nosotros enseñar ha sido en sí mismo un modo de ejercer la actividad intelectual. Las conferencias continuamente revisadas, si no han sido publicadas con anterioridad, dan lugar a nuevas ediciones impresas. En días excepcionalmente buenos, el esfuerzo de repensar una materia o problema previo a una conferencia o sesión de seminario, promueve nuevas ideas. En días malos, siento que tales continuidades en las conferencias dictadas por años me ponen en peligro de convertirme en un repetidor tedioso. De cualquier manera, observo que pasaron doce años entre el tiempo en que yo dicté una conferencia sobre las “funciones latentes y manifiestas” en Harvard y la época en la cual esas ideas tomaron forma impresa en un “paradigma del análisis funcional”. Fueron doce años los que separaron mi texto de 1936, enfocado a las consecuencias no buscadas de la acción intencional, y el texto que introdujo el concepto afín de la “profecía que se cumple a sí misma”.

A pesar de la impresión que Parsons me causaba como constructor de la teoría sociológica, me aparté de su modo de teorizar (así como de su método de exposición).

Todavía recuerdo la amabilidad con que él respondió en un foro público a mi moderada pero decidida crítica respecto a este tipo de teoría general. Yo había argumentado que sus formulaciones estaban lejos de proveer una problemática y una orientación para la indagación empírica teóricamente orientada en torno a los observables mundos de la cultura y de la sociedad, y entré a plantear el caso de las “teorías de alcance medio” que se situaban entre el empirismo grosero y las grandes doctrinas especulativas. Con su manera típicamente cortés, Parsons expresó sus respetos a mi filial irreverencia y se mostró de acuerdo en que había razones para nuestra discrepancia.

No fueron, sin embargo, los sociólogos Sorokin y Parsons quienes promovieron mi perdurable interés sociológico por la ciencia y la tecnología, sino el historiador económico de Harvard E. F. Gay. Gay había estudiado en Berlín con el historiador de la economía Gustav Schmoller, conocido, entre otras cosas, por su inclinación sociológica y por su insistencia en la investigación de archivo. Decidí tomar el curso de Gay en lugar de uno alterno de sociología, y esto condujo a otro encuentro realmente pleno de consecuencias. Una asignación en el curso me llevó a redactar un ensayo analítico sobre A. P. Usher y su reciente *Historia de la invención mecánica*. A Gay le gustó el ensayo y me sugirió que explorara el único curso que existía en Harvard de historia de la ciencia, que ofrecían conjuntamente el bioquímico y sociólogo autodidacta paretiano L. J. Henderson, y George Sarton, el decano de los historiadores de la ciencia del mundo. Lo hice, pero sólo después de comenzar a trabajar en la disertación doctoral fue cuando me atreví a buscar la guía de Sarton. Tenía fama de hosco y distante, y de muy dedicado a su tarea de investigación, hasta ser totalmente inaccesible. Es así como las plausibles, pero mal fundadas creencias, se convierten en realidades sociales a través del mecanismo de las profecías que se cumplen a sí mismas. Puesto que este sabio no admitía acceso alguno y era impenetrable, no había manera de abordarlo. Y el hecho subsiguiente de no tener muchos alumnos era una base mayor de su inasequibilidad. Pero cuando en el otoño de 1933 golpeé en la oficina de Sarton de la Biblioteca Widener, no sólo me invitó a entrar sino que me empujó a hacerlo. Esta primera entrevista me dejó haciendo planes para una disertación centrada en los aspectos sociológicos del crecimiento de la ciencia en la Inglaterra del siglo XVII —un problema no precisamente central para la sociología de entonces. No puedo decir que Sarton recibió mis planes con entusiasmo; a su juicio, un panorama tan amplio de la ciencia del siglo XVII podía ser demasiado para un novato. Pero no vetó la idea. Entonces comenzó mi intensivo y a veces indócil aprendizaje, seguido por una amistad epistolar que continuó hasta su muerte, unos 25 años más tarde.

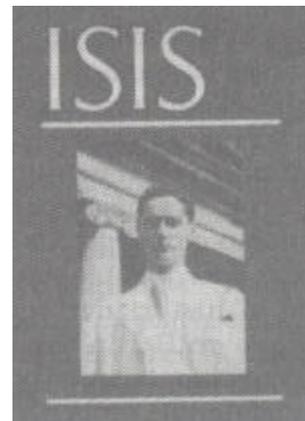
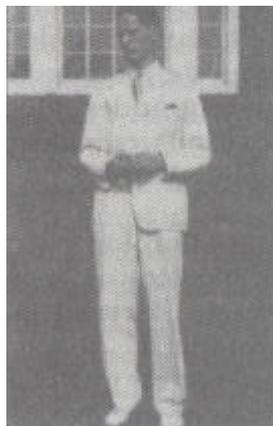


Foto 7*

Foto 8

Desde un principio Sarton hizo mucho para ponerme en una nueva senda de aprendizaje. Procedió con método —era metódico en casi todo— para transformarme de un estudiante de posgrado (foto 7), luchando con el trabajo inicial de su disertación, en un investigador novato que se dirigía en letras de molde a una comunidad internacional de sabios avezados. Primero lo hizo abriéndome las páginas de su revista *Isis*. Durante los siguientes años aceptó varios de mis artículos, junto con una docena de reseñas y de registros de entradas para las bibliografías críticas que aparecían en *Isis*. Sarton me concedió entonces un “regalo en el umbral”, el tipo especial de regalo que en palabras del poeta ético y antropológico Lewis Hyde, actúa como “un agente de transformación individual”. Sarton ofreció publicar mi disertación en OSIRIS, la serie de monografías escritas generalmente por distinguidos académicos sobre historia y filosofía de la ciencia, pero sin duda no adecuada para monografías escritas por recientes doctores (Ph.D.s), forjadores de lo que estaba convirtiéndose en la sociología de la ciencia. Medio siglo después, su hija, la poetisa y novelista May Sarton, tuvo ocasión de decir que si su padre estuviera todavía entre nosotros, se habría sentido muy complacido con la decisión de haber publicado *Ciencia, tecnología y sociedad en la Inglaterra del siglo XVII* si hubiera tenido la oportunidad de observar al 50 aniversario de la monografía, conmemorado en el más fino estilo sartoniano con un simposio promovido por *Isis*, e ilustrado con un imponente retrato de su antiguo alumno en la portada (foto 8).

El final de la disertación tuvo otras consecuencias. Sorokin y Parsons me elevaron en estima al ocuparse de que yo fuera nombrado instructor y tutor en el Departamento. Dado el estado lamentable del mercado laboral, era algo importante. Pero sólo fue temporal. Estábamos, después de todo, en plena gran depresión —y la misma Harvard la estaba sufriendo. Su nuevo presidente que mantenía un criterio justo, James B. Conant, expresó su intención de abolir la categoría de profesor asistente en su totalidad y de limitar las promociones al remplazo de profesores que se jubilaran o que se retiraran por cualquier razón. Esto significaba, por supuesto, que un trabajo permanente en Harvard dependía ampliamente de la distribución de las edades que el profesorado mostrara en cada departamento. Conant se auto describía como “un historiador aficionado de la ciencia del siglo XVII en Inglaterra”, y me hizo saber que “había disfrutado mucho mi libro” —la expresión es suya. Sin embargo, el miembro más viejo de nuestro núbil departamento, Sorokin, todavía se encontraba en sus cuarentas; razón suficiente para que mi carrera de

* Sólo ahora esta antigua fotografía me trae a la mente, que fue en torno a los mundialmente famosas rebajas del almacén Fílene, lo que permitió a un estudiante de pregrado y sin dinero, acceder a un pesado vestido de lino blanco, antes de que se convirtiera en la contraseña de Tom Wolfe. El nivel de vida de ese estudiante de Harvard puede inferirse del fragmento de un resumen de sus gastos semanales para el año académico de 1931-32 y del extracto de un registro diario que llevaba su compañero de cuarto, contralor y efe, Richard Deininger, durante el siguiente año académico (foto 7A).



instructor en Harvard, ofrecida con indulgencia pero sin bases firmes, se acabara al iniciarse. Por lo tanto, cuando la Universidad de Tulane me ofreció una plaza de profesor en aquella penosa época de crisis económica, la decisión estaba ya más que tomada y la suerte estaba echada. Además, para un provinciano cuya vida estaba confinada a Filadelfia y Cambridge, la fascinante cultura de New Orleans proporcionaba una atracción diferente. Después de pasar un periodo relajante —e intelectualmente reconfortante— de dos años en Tulane, me fui a Columbia y entré en otra fase totalmente impredecible de aprendizaje, que resultó ser de 35 años en una colaboración incierta con el matemático-sicólogo convertido en sociólogo, Paul F. Lazarsfeld.

IV

Digo “colaboración incierta” porque Paul Lazarsfeld y yo constituíamos la más extraña pareja que haya habido en el dominio de la ciencia social. Él, metodológicamente orientado hacia las matemáticas, inventor de poderosas técnicas de indagación social, tales como el método del panel y del análisis de estructura latente; yo, un teórico social confirmado pero con algo de inclinación empírica, insistente en la importancia de los paradigmas sociológicos (en el sentido previo a Kuhn de “paradigma”); Paul, fundador de la investigación empírica sistemática sobre los medios de comunicación de masas, el comportamiento electoral, el liderazgo en la opinión y la acción individual; yo, empeñado en desarrollar los paradigmas del análisis funcional y de la conducta divergente, al tiempo que trataba de presentar la naciente sociología de la ciencia en forma más acabada explorando la ciencia como institución social con un *ethos* distintivo desarrollado históricamente, junto con una estructura normativa y un sistema de recompensas; Paul, desde sus primeros años en Viena era un persistente creador de institutos de investigación, incapaz de imaginarse trabajando por fuera de un organismo dedicado a la investigación; yo, un persistente trabajador solitario, especialmente en bibliotecas y en mi estudio hogareño; él, un positivista preocupado por los hechos pero metodológicamente exigente; yo, algo así como un incrédulo Tomás, que en mi primer trabajo escrito me había atrevido a zaherir la “burbuja luminosa del positivismo”. Pero cuando nos unimos en aquella creación institucional primaria que fue la Oficina de Investigación Social Aplicada de la Universidad de Columbia, presumiblemente para sólo un proyecto de investigación, rápidamente encontramos afinidades electivas y un terreno común. Esa afiliación temporal con la Oficina duró cerca de 30 años. Durante ese tiempo, nuestras vidas de estudio compartidas se centrarían en un programa continuo de investigación social empírica, teóricamente guiada y metodológicamente disciplinada, sobre una amplia gama de problemas sustantivos.

He fracasado miserablemente en todos los intentos de digerir la mutua influencia que Paul Lazarsfeld y yo ejercimos uno sobre el otro. La evidencia documental testimonia, sin embargo, que al fin pude persuadir a este resuelto matemático-sicólogo de que en realidad existía una disciplina llamada “Sociología”. Y ello porque Paul dio a la imprenta un pequeño libro con el comprometedor título de *Qu'est-ce que la sociologie?* que en su idioma privado se traducía en la pregunta: “¿Después de todo, de qué diablos trata la sociología?”, o como lo dice su burlona dedicatoria que escribié en mi ejemplar del libro: “Todas las preguntas a las cuales usted quiso tener respuesta pero nunca se atrevió a plantear”.

Al mismo tiempo, la permanente preocupación de Paul por los métodos de investigación me contagié, dando como resultado una codificación de lo que llamé

“entrevista focalizada”. Diseñada para extraer respuestas de grupos sobre textos de diverso tipo —un artículo de revista, un programa de radio o una película educativa—, la entrevista focalizada se afirmó en la sociología académica para, después de dudosos cambios de marca, crecer hasta transformarse en lo que todos conocemos como el grupo focal. En su entusiasmo por el ahora ubicuo grupo focal, los expertos en mercadeo y los consultores políticos de toda laya, sin excluir los frequentadores de la Casa Blanca y del Congreso, a menudo se desorientan y desorientan a otros al no reconocer o apreciar que esas entrevistas grupales pueden, cuando más, rendir sólo conjeturas acerca del estado actual de la mentalidad pública. No siendo muestras representativas, los grupos focales no pueden, por supuesto, proporcionar conocimientos confiables sobre el alcance y la distribución social de las preferencias, prácticas y sentimientos públicos.

En retrospectiva, estoy convencido de que el resultado de mayores consecuencias del trabajo que Paul y yo hicimos juntos, superó con creces nuestras colaboraciones en imprenta. Fue de un tipo bien diferente, expresado sucintamente hace más de un siglo por un ingeniero de minas y sociólogo autodidacta francés, Frédéric Le Play. La cosa más importante que sale de la mina —escribió— es el minero. En el mismo espíritu, se puede decir que lo más importante que salió de sociología en Columbia durante aquel tiempo fue el estudiante. Debido en buena parte a la finalización de la guerra y al Acta de los Reservistas, sucesivas cohortes de estudiantes brillantes iluminaron nuestro Departamento y nuestra Oficina de Investigaciones en las décadas de los 40 y los 50, e hicieron mucho por provocar la excitación intelectual que nos trajo un continuo flujo de nuevos talentos. Ni Paul Lazarsfeld ni yo tuvimos duda de que muchos de esos estudiantes dejarían una impronta indeleble en la sociología. Como en realidad sucedió. Por cierto, ahora me encuentro periódicamente desviado del trabajo-con-bajo-progreso, escribiendo textos diseñados específicamente para esos volúmenes honoríficos conocidos como *Festschriften*. No, como se podría suponer, *Festschriften* en honor de maestros o de pares viejos, sino en honor de estudiantes que tuve en alguna ocasión. Esto no es propiamente el patrón general. Durante los últimos años me he visto con gran satisfacción ofreciendo tributo a James S. Coleman, así como a Lewis Coser, Franco Ferrarotti, Peter Blau, Rose Çoser y Seymour Martin Lipset, además de Alvin Gouldner y Louis Schneider, aunque lamentablemente fallé en el *Festschriften* de dos volúmenes dedicados a Juan Linz. Al contemplar la extraordinaria lista de estudiantes talentosos durante aquel período de varias décadas, veo más *Festschriften* en perspectiva. En celebración anticipada, he comenzado a trabajar en un texto titulado “Surgimiento y evolución del *Festschriften*: un estudio sociológico sobre el sistema de recompensas en las ciencias y la enseñanza”. Antecedido de un conjunto de tributos individuales, podría servir como un santuario de contribuciones a futuros *Festschriften* honrando a estudiantes cuyos logros académicos han quedado felizmente estampados por algo más que el juicio de su profesor ocasional.

V

En esta retrospectiva de una vida de aprendizaje, me he detenido más en la vida privada que en el aprendizaje público. Después de todo, los frutos de este último aprendizaje están al alcance del dominio general para aquellos que se preocupen por conocerlos; la vida privada no lo está. Pero ahora que mi tiempo y la paciencia de ustedes están llegando al final, haré unas pocas observaciones sobre el tema del niño como padre del hombre y sobre las singularidades de mi estilo de trabajo a lo largo de los años.

Doy entrada, en primer lugar, a la intrusa reflexión de que la edad tiene sus cálculos extraños. Hallo difícil creer que nací sólo 45 años después de la Guerra Civil y todavía más, creer que he vivido más de un tercio de la historia de nuestra nación. Aún más difícil es aceptarlo una vez que, como buen joven romántico, estaba convencido de que los buenos mueren jóvenes y que lo mismo que Byron, Keats y Shelley, no viviría mucho más allá de los treinta años. De ello se desprende que si la edad es oportunidad renovada, también es obligación continuada.

Con respecto a mi trabajo, sólo tocaré tres aspectos bastante diferentes: una adicción casi permanente por el trabajo editorial, un estilo expositivo preferido, y por último, ciertas orientaciones temáticas en teoría social.

Si Schopenhauer tuvo razón al afirmar que dejar de lado las propias ideas originales para adoptar el trabajo de otro es un pecado contra el Espíritu Santo del intelecto, entonces, ciertamente, *peccavi, peccavi*. En verdad he pecado y crónicamente. Porque tan pronto como la sociología fue mi vocación, la labor de editor fue mi afición. Esto comenzó tan temprano que toca mis días de estudiante. Después de una edición moderadamente clara del inglés rusificado de Sorokin, acepté poner la mano en la obra clásica de Parsons, *La estructura de la acción social*. Aunque apreciado cálidamente en el prefacio, mi esfuerzo editorial no tuvo eco. Pero este fracaso no fue suficiente para detener mi pluma de editor. Basado en un muestreo, un estimativo de mis destinatarios me coloca en la línea de alguien que ha editado 250 libros y 2.500 artículos en el transcurso de los últimos 60 años. Conducta bastante alejada del canon de Schopenhauer.

Mi estilo de exposición preferido también surgió desde el comienzo. Como sucedió con el texto de 1936 sobre las “Consecuencias imprevistas de la acción social”, el trabajo de 1938 sobre “Estructura social y anomía” y el de 1948 sobre “La profecía que se cumple a sí misma”, he expuesto mis ideas generalmente en la forma de condensados ensayos paradigmáticos de algo más allá de una docena de páginas. Al adoptar la forma relativamente discursiva del ensayo, no cabe duda, que he irritado a algunos pares sociólogos, al salirme del claro formato prescrito hace tiempo para el texto científico. Diseñado para instruir a los colegas científicos sobre una contribución potencialmente nueva en un campo determinado del conocimiento, el llamado “texto científico” presenta una apariencia inmaculada que dice poco o nada de los saltos intuitivos, las falsas salidas, los finales sueltos, las adaptaciones oportunistas y los felices accidentes que imprimieron sus características a la indagación. Después de todo, el texto científico no está diseñado como un estado de cuentas clínico o biográfico de la investigación realizada. En contraste, el ensayo proporciona un espacio para las digresiones y sus correlatos de un tipo que interesa a los historiadores y sociólogos de la ciencia y es, en todo caso, más adecuado para mi ingobernable preferencia por la unión de los aspectos humanísticos y científicos del conocimiento social.

Mis ensayos sociológicos, sin embargo, no son totalmente discursivos. Están organizados para ser “paradigmáticos”, en un sentido, como ya he dicho, previo a Kuhn. Es decir, el paradigma analítico identifica los supuestos básicos, los problemas, los conceptos y las hipótesis que se incorporan a la idea sociológica para generar preguntas investigables y ofrecer líneas de continuidad en la indagación teórica y empírica. En esta forma, el “paradigma de anomia-y estructura-de-oportunidades” desarrollada en una serie de ensayos, ha sido puesta en uso por sucesivas generaciones de intelectuales durante el último medio siglo, primero en el estudio sociológico y criminológico de la conducta

divergente, y luego en posteriores investigaciones de diferentes disciplinas. Lo mismo ha ocurrido con el “paradigma de la profecía que se cumple a sí misma”, que se aplicó inicialmente al problema sociológico de la discriminación étnica y racial, y desde entonces ha conducido a tradiciones de indagación teórica y empírica en psicología social, ciencia política, antropología, economía y administración pública.

Al reflexionar brevemente sobre las orientaciones temáticas que surgen de mi obra teórica, tomo nota de una aversión primigenia, de una preferencia primigenia y de una indulgencia primigenia.

Mi aversión primigenia está dirigida a todo extremo de reduccionismo sociológico, económico o psicológico que se reclama como el portador único y exclusivo de patrones de conducta social y de estructura social. Al buscar el motivo de esta aversión, me remito a la parábola de William James acerca de la falacia reduccionista: “Un cuarteto de cuerdas de Beethoven consiste... en rasgar colas de caballo sobre unas tripas de gato, y puede describirse exhaustivamente en estos términos; pero la aplicación de esta descripción no exime de ninguna manera la aplicabilidad simultánea de una descripción completamente distinta”.

Como lo he dicho, mi preferencia teórica primigenia está por las teorías sociológicas de alcance medio, que de, acuerdo con Arthur Stinchcombe —me apresuro a decirlo—, puede mostrarse como algo que deriva en principio de una teoría más general y que tiene valor para proporcionar un mejor entendimiento de la conducta, la estructura y el cambio sociales.

Finalmente, mi indulgencia teórica primigenia encuentra su expresión más completa en mi libro abiertamente humanista y sinuoso por voluntad propia, *A hombros de gigantes*, que adopta una forma shandeanamente divagante, no lineal, para examinar la tensión perdurable entre la tradición y la originalidad en la transmisión y acumulación del conocimiento, además de una variedad de temas relacionados.

Y ahora, tal como conviene a un corto ensayo sobre una titubeante vida de aprendizaje, un comentario breve acerca de la autobiografía, ese modo de autorreflexionar en contextos históricos que ha mantenido mi interés desde aquellos lejanos días de la Biblioteca Carnegie. Pero de ninguna manera con referencia a mí mismo. Sucede que desde la publicación en 1961 del perfil publicado en el *New Yorker*, con su condensada historia del sur de Filadelfia, amigos, colegas y editores bien intencionados han estado urgiéndome para que redacte una autobiografía, o al menos una memoria de alguna extensión. Ojalá pudiera, pero todos sabemos que Dios está en los pormenores. Sin un detalle denso y textual, una autobiografía está condenada a ser fatigante, flácida, simplona e inútil. Y el hecho trágico es que yo simplemente no he tenido acceso al detalle necesario. Condenada mi larga vida por una memoria escasa y episódica, no me atrevo a confiar en vagos recuerdos sin medios de apoyo documental a la mano. Pero, ¡ay!, tampoco he llevado un diario o un libro de recuerdos, sólo una documentación limitada a cuadernos de notas y a un voluminoso pero inadecuado archivo de cartas. Así, cuando se me pide que me aventure en una autobiografía, me viene a la mente la reseña cáustica de unas memorias del prolífico novelista y dramaturgo Heinrich Böll. El autor de la reseña anota los múltiples agotadores pasajes de Böll en los que lamenta su incapacidad para recordar, y concluye que el autor “parece navegar casi en sus errores nemotécnicos”. Para mí, esa reseña equivale a una premonición. Ofrece una

oportuna advertencia de que cualquier recuerdo mío seguramente mostraría una amnesia aún más vergonzosa. Pero quizás, y justo por eso, esta débil reminiscencia del pasado pueda servir de sustituto.